

para libertar, y en donde no se decretaría ya la guerra y el exterminio, sino la paz, la edificación y la prosperidad del mundo.

En el último siglo, el escritor inglés Gibbón, entontecido por el estudio del paganismo y por el soplo de la impiedad, que entonces tenía en conmoción la Europa, fué á establecerse en el Foro romano, entre el Capitolio y el Coliseo, ya en ruinas. Algunos monjes andaban todavía con sus sandalias sobre los restos de la vía Sacra, y esos restos y semejante espectáculo fueron bastantes para excitar en él una cólera estúpida é insensata. ¡En otro tiempo no había aquí más que conquistadores, decía él, y ahora encontrar frailes! Se olvidó considerar que estos frailes eran también conquistadores coronados de triunfos más grandes y más legítimos que los que él echaba de ménos, y, procediendo con impía ligereza, escribió un libro, que fué célebre algún tiempo y hoy está despreciado, en el cual se propuso con todos sus esfuerzos rebajar el valor y el mérito del sacrificio de los mártires.

Se dice que San Pedro, atravesando el expresado Foro, ya deshonrado, pero todavía en el apogeo de sus funciones y de su esplendor pagano, se le representó más de una vez en su espíritu tal como se encuentra, y nosotros le hemos visto en nuestros días; que vió la degradación y la miseria de aquellos centros de orgullo, de sangre y de lujuria, y todos los ídolos hechos pedazos, dispersos y convertidos en polvo, y que, lleno de amor y de gratitud, exclamó : «¡Bendito seáis, Cristo inmor-

tal, porque habéis libertado verdaderamente la humanidad!»

Á su vez, la humanidad consagra á Pedro, siervo de Cristo, un culto que no concluirá mientras exista la misma humanidad. ¡Quién será capaz de expresar jamás la admiración y la alegría que el cristiano siente en su corazón cuando, arrodillado sobre el sepulcro de San Pedro, ante el sucesor de Pedro que pasa derramando bendiciones, oye cantar estas palabras inmortales é impercederas : «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia!»

#### LOS PONTÍFICES SOBERANOS DEL PAGANISMO

Antes de morir vió claramente Pedro todo el plan del edificio, cuyas murallas se levantaban de la tierra á la vista y á la voz de los hombres que él gobernaba y presidía. El Asia Menor escucha á Juan. Los partos y los escitas son instruidos en el Evangelio por Andrés y Tomás. Simón le predica á los persas; Matías lo hace en Etiopía; Tadeo convierte los habitantes de Edesa, en Mesopotamia; Pablo destruye el paganismo en sus fortalezas más avanzadas de la Grecia y la Macedonia, y el mismo Pedro se quedó en Roma, que era el corazón temible de la idolatría y de la impiedad. Ya habían nacido cincuenta Iglesias, que estaban en estado floreciente, y á su vez eran madres de otras, y por todas partes daban señales de fecundidad y brotaban vástagos, que se extendían cargados de frutos de bendición en todas direcciones.

Los Apóstoles predicaban principalmente en las ciudades populosas, cuyo poder y nombradía eran grandes por razón de su cultura intelectual, por el comercio y por las artes, porque el Cristianismo, lo mismo entonces que nacia que ahora que ya está propagado por todo el mundo, lejos de temer la ilustración y la ciencia, al contrario, la busca y la promueve para llevar la luz á todas las inteligencias. Él desprecia la prudencia humana y la grandeza mundanal, y sólo confía incondicionalmente en su verdad, en su eficacia y en su divinidad. Viene de Dios, se dirige á Dios, y cumple la voluntad de Dios, que le manda conquistar la tierra y el cielo.

Los Apóstoles rara vez discutían ni razonaban, porque habían visto á Dios en el Cristo, y veían á Cristo en su razón y en su corazón; y como estaban llenos de vida, no tenían otro afán más que el comunicarla y trasmitirla á todos los hombres. Al lado de los templos más célebres y de las academias más frecuentadas y que gozaban de más fama, plantan ellos la cruz, y el paganismo conoce muy pronto que es impotente para arrancarla y para impedir la propagación de la doctrina que ella enseñaba. Circulaban por el pueblo rumores inusitados, y los esclavos, las mujeres degradadas y envilecidas y los niños abandonados prestaban atención á las palabras, al mismo tiempo claras que misteriosas, que salían de los labios de los Apóstoles, y éstos contemplaban con la mirada placentera de su alma esa obra maravillosa del Espíritu divino. La santidad se

aparecía en los Apóstoles al género humano, y se corría la voz de que algunos sacerdotes procedentes del Oriente la enseñaban, que los mismos formaban sociedades en donde todos los hombres eran iguales y se llamaban hermanos, bebían en la misma copa y comían del mismo pan; que proclamaban la dignidad de la mujer, y que así las mujeres de los patricios como las esclavas debían ser igualmente respetadas, hasta presentarse ante la sociedad llenas de majestad y más puras y hermosas que las diosas cantadas por los poetas, y, finalmente, que decían que la vida del hombre, cualquiera que éste fuese, era una cosa sagrada contra la que nadie podía atentar, y que un Dios más perfecto y mejor había bajado del cielo para regenerar la humanidad. Con esas voces se mezclaban otras en contra, y la calumnia inventaba y producía abominables ultrajes para oponerse á los misterios cristianos, de donde salían tantas esperanzas. La verdad evangélica todo lo soportaba; y si bien es cierto que la multitud estaba fascinada y todo lo creía, á pesar de la infamia de sus dioses y de la abyección de sus sacerdotes y de sus sectarios, sin embargo, se veía todos los días aumentarse el número de fieles de Cristo. El paganismo, careciendo de valor para discutir, empleaba la persecución, que equivalía á una confesión manifiesta de su impotencia. El que persigue la justicia y al inocente conoce que no puede razonar, y por lo mismo presente que su error caerá y será vencido.

Los emperadores, pontífices de divinidades que nadie había

negado ni combatido, manifestaban á un mismo tiempo que ellos no creían en sus dioses, y que, sin embargo, debían protegerlos para conservar el imperio. El paganismo no era una religión; pero el Cristianismo envolvía en sí una reforma de un alcance incalculable; y, aunque él no la hubiera intentado ni se la hubiera propuesto, iba directamente á producirla por su misma naturaleza, en el hecho de ser un competidor. Entre los paganos, unos no querían reforma, y otros no admitían rival. Para oponerse á la doctrina carecían de sacerdotes, y contra el rival sólo tenían verdugos. Augusto y Tiberio, de quienes Jesús quiso libremente ser súbdito, murieron al mismo tiempo que Jesús daba la libertad al mundo; ellos vieron los cónsules, los patricios, el pueblo, Roma y el mundo entero postrados en el servilismo. Calígula y Cláudio no pudieron contener el miserable torrente, y Nerón es el dios y el dueño del género humano, más dios que Augusto y que Tiberio, más dios que Calígula y que Cláudio; era dios ante el Dios verdadero, y él mismo creyó en su propia divinidad.

Nerón, representación viva y principal de la audacia é insolencia de Satanás, que quiso ser adorado de este compuesto de todas las corrupciones, y que es ardiente para todos los crímenes; Nerón, loco, feroz, omnipotente, débil, y Nerón, al mismo tiempo literato, artista y espléndido, tenía en sí toda la savia y vigor y todos los conocimientos y luces de la civilización romana, y era de ella el fruto supremo y la plenitud y expresión más

acabada y completa de la corrupción y degradación de aquella sociedad. Eran necesarios Roma y Julio César y el siglo de Augusto para producir un Nerón. Este monstruo tiene conocimiento y sentido de lo que debe hacer; precipita á Roma en la voluptuosidad tan anticipadamente, que ella se encuentre luego impotente para separarse de ese cáncer corruptor, y por fin da la última mano y la posible expansión á la relajación del paganismo. El Cristo tendrá que luchar mucho tiempo contra este formidable enemigo.

Pedro era tenido en Roma por persona tan oscura é insignificante, que se le había dejado la vida; pero Nerón adivina y sabe que es el Papa, y al instante le prende y le quita la vida. ¡Cosa bien extraña! Esa sangre del que nada era y por nada se le reputaba hace honor á Nerón entre los de su pueblo, lo que prueba que el pueblo de Nerón tiene los instintos de su señor, como los cachorros del león toman los de su padre. Nerón aborrece á los cristianos cuando apenas eran visibles á los ojos de los políticos, y luego que fueran más conocidos y estuviera más cerca de ellos, aborrecería también sus virtudes.

La persecución era la madrastra encargada de alimentar el circo con carne de cristianos. El rebaño de Pedro era la provisión para los juegos, cuyo destino les había sido fijado por la emperatriz Popea, prosélita judía, para complacer y obedecer á un judío que la dominaba y gobernaba. Dios, que de los males puede sacar bienes, ejecuta su obra divina por manos de Ne-

rón, y pone los fundamentos de la ciudad santa en medio de la ciudad de Satanás; pero, como en la fundación de esta Roma celestial convenía que los materiales fueran antes muy probados, la persecución atiende á esa necesidad; y la misma se encargará

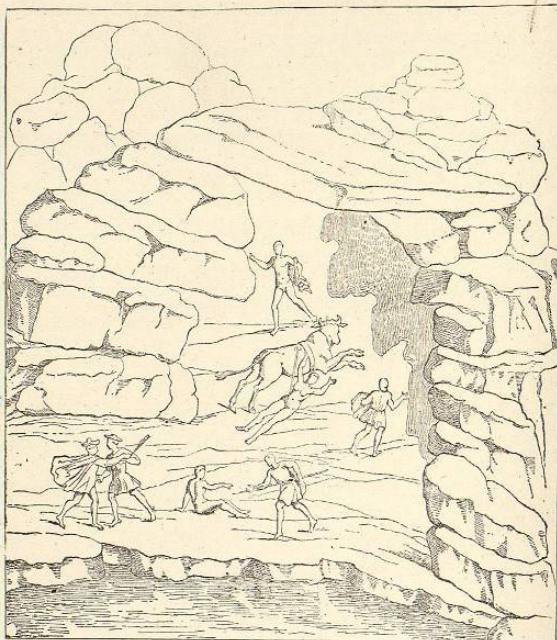


Lámina 123.—Una cristiana atada á un toro furioso, persecución del año 64. Este martirio representa el suplicio mitológico de Dirce. Nerón había hecho de moda el gusto por los cuadros vivos, y los reproducía con los cristianos enteramente desnudos.—Fresco de Pompeyo, según la *Accademia Ercolanese* de Avellino.

de descartar y separar á los que hubieran de ofrecerse á levantar la cruz sin querer destruir los ídolos, intentando poder conciliar á Cristo con Satanás; y los que tuvieran semejante pretensión, tan absurda como irrealizable, serían conocidos y juzgados

por aquellos que quieren servir á Dios en la rectitud de su corazón y en la pureza de sus sentimientos.

Desgraciadamente han logrado algunos de esos sabios conciliadores mezclarse en obra tan incomparablemente grandiosa, y su sabiduría ha causado extravíos, y su moderación ha maleado el buen espíritu, y su humanitarismo ha hecho correr sangre; y con su maligno influjo, las tinieblas del paganismo han llegado á ser más espesas y sus errores más frecuentes. Roma humana no tiene héroes, y todos los que lo son se afilian á las banderas del Cristo, y viven con Él por la cruz y mueren por Él también sobre la cruz. Roma, señora del mundo, tardó ménos en rendirse con el mundo á la acción valerosa de estos nuevos conquistadores, que no tuvieron otro afán que el morir por su fe, que lo que tardó en salir del Lacio; de donde resulta, con asombrosa evidencia, que Nerón se engañó, que Satanás también se engañó, y que asimismo se engañará cualquiera que luche contra Dios.

No fué ménos Nerón la personificación más completa del reinado del mal y el vicario del diablo que Pedro, á quien quitó la vida, fué el vicario y representante fiel de Cristo y de su reino divino en la tierra. No hará Satanás más que Nerón, y todas las copias que él ha dejado de su maldad son inferiores á ese tipo detestable de perversidad, en donde campean simultáneamente la lujuria, la bajeza, el ridículo y la crueldad. Era preciso que Nerón fuese ridículo; era necesario que esa bestia, que

oprimiría á la humanidad como es oprimido el racimo por la prensa en el lagar, no fuese ni león, ni tigre, sino puerco, porque Satanás no está satisfecho con pulverizar al hombre, quiere además burlarse de él. Nerón se revuelca en la hediondez, y sus desarreglos manchan y contaminan todo lo que había constituido el honor de Roma. Espíritu alegre, actor, general, cantor, cochero, rodeado siempre de bufones, de quienes él era la irrisión y la fortuna, y seguido de aduladores que cubrían de alabanzas sus torpezas más vergonzosas; influido del espíritu de Satanás, su ocupación era edificar hoy lo que al siguiente día había de destruir él mismo. Su casa ocupaba dos de las colinas de Roma, y en ese palacio de oro, lleno de mármoles escogidos y variados y de curiosidades preciosas, daba convites y celebraba fiestas, y después, para divertirse, hacía morir á los convidados; era amante de las flores y de la popularidad. Su carácter era débil y cobarde, y muchos de los asesinatos y crímenes que cometía no los hacía por divertirse, sino por miedo, aunque siempre encontraba placer en derramar sangre.

Tal era el emperador que se encontró el primero frente á la Iglesia y mató al primer Papa. Su imperio duró diez años, y sin duda pudiera decirse que fuera á él á quien debe su institución el martirio, que después de su muerte continuó, se reglamentó y se tuvo como un elemento indispensable de gobierno á todos los tiranos. Al hacer esa descripción de Nerón quedan pintados en él todos los perseguidores, así como en la reseña

que queda hecha de San Pedro están también descritos todos los Papas.

Después de Nerón, el soberano pontificado pagano, ó, por mejor decir, la divinidad pagana, vino á recaer en otros locos, asaltada y usurpada unas veces por la lanza de un soldadote, y comprada otras por gañanes y especuladores. Nerón había sido reputado y tenido como un gran hombre, y, por tanto, era preciso darle un sucesor, y hacía falta un jefe, un dueño del imperio; la multitud, reunida en el circo, prorrumplía en estas aclamaciones: «¡Tú eres el soberano; eres el primero; sea para ti todo el honor, y eternamente vencerás!» Pero en medio de esas manifestaciones, inspiradas por el delirio y la pasión, importaban muy poco á la plebe los nombres de Tito, Domiciano, Caracalla, Diocleciano, Marco-Aurelio, Dido Juliano ó cualquiera otro que tuviese la primacía del imperio, como tampoco tenía para ella interés ni importancia que un golpe mortal pusiera fin á la eternidad del emperador, porque esperaba que de su sangre, todavía reciente, saldría otro que la alimentaría con el pan de los vicios y los placeres, que eran los que constituían su moral, su civilización y su bienestar.

Si bien es cierto que todos los emperadores fueron fieles á la política de Nerón y, con más ó menos crueldad, todos persiguieron al Cristianismo y conspiraron de consuno á extinguirle y exterminarle, también es evidente que los Papas no han sido menos fieles á la política y gobierno de Pedro, ni han mostrado

ménos valor é inquebrantable perseverancia en sostener sus principios y las verdades evangélicas. En la majestuosa y espléndente serie de romanos Pontífices que han venido sentándose canónicamente en la cátedra de Pedro, cualquiera que haya sido la diferencia de su condición y carácter personal, sabios, sencillos, valerosos, tímidos, y lo mismo los que resistieron á las amenazas y á la fuerza que los que se rindieron á la adulación y á la astucia del mal, todos se encontraron fieles en su puesto y estuvieron conformes en proclamar muy alto este principio fundamental: «Es preciso obedecer á Dios antes que á los hombres.» Y por sostenerle, marchan unos al ostracismo y suben otros las gradas del martirio. La historia de los insignes sucesores de San Pedro, durante el secular período de doscientos cincuenta años, está terminada con esta frase: «Al fin fué coronado del martirio.» Bajo la dirección y enseñanza de estos esclarecidos jefes, ¡qué de legiones triunfantes se vienen á la vez á la memoria de los hombres y han entrado en la deliciosa mansión del Dios inmortal! La milicia de los mártires se recluta por todas partes, y se compone de gente de todas las edades, de todas condiciones y de todos los países, y en esos héroes brillan todas las bellezas y todos los méritos de la verdadera dignidad y grandeza; y ya no es solamente el pueblo el que se afilia á ese virtuoso ejército, ni son solos los nobles y los poderosos, sino que es todo el mundo. El sabio, el obrero, el artesano, el militar, el artista, el tribuno, la mujer, las grandes matronas, las vir-

genes, la sirvienta, el esclavo y hasta los niños corren, y como hermosas palomas vuelan hacia Jesucristo y se obligan á seguirle y confesarle por toda su vida en sus costumbres, en la prosperidad, en la desgracia, en los suplicios y hasta en la muerte misma. Algunas veces el César, fuera de sí y aterrorizado en presencia de tantas víctimas y de tanto heroísmo, suspende los tormentos y da tregua al derramamiento de sangre para proponer é intentar un arreglo; y aunque desde principios del segundo siglo se emplearon con alguna frecuencia esas tentativas, y el mismo verdugo pedía gracia para las víctimas, sin embargo, jamás se llegó, ni era posible la concordia entre las tinieblas y la luz. Los cristianos querían que su Cristo fuese vencedor, ó, de lo contrario, preferían morir; y como el César no admitía otro Dios ni soberano más que él, quería á todo trance vencer, y para llegar á la victoria no veía otro camino que el renovar con carácter más sangriento la persecución. Marco-Aurelio, llamado el prudente y el bienhechor, inauguró la cuarta persecución general, y deja á Cómodo el cuidado de continuarla; pero así como los cristianos tuvieron valor y sangre para dársela á Marco-Aurelio, la tuvieron también para derramarla bajo el imperio de Cómodo, de Caracalla y de Heliogábalo, ó de cualquiera otro que tome sobre sí el miserable oficio de verdugo. Mientras se ejecutan estas matanzas y se perpetran tan atroces crímenes, la Iglesia desplegaba ante el mundo entero su majestad, su grandeza y la hermosura de sus santos, y éstos se multiplicaban;

y para unirse á ellos se levantaban, como otros tantos astros en el purísimo cielo de la fe, las grandes damas romanas, que al fin se convirtieron á Jesucristo.

En Tívoli se presenta la admirable viuda Sinforosa, martirizada con sus siete hijos por decreto de Adriano, y da gracias á Dios por el privilegio que la había concedido de ser ocho veces mártir en el mismo día. En Roma mueren por la fe no ménos heroicamente la ilustre Cecilia, á la que prolongó Dios la vida en el sepulcro, y la incomparable y dulce Inés, que es un mila-



Lámina 124.—Medalla de Diocleciano, emperador, que decretó contra los cristianos la más sangrienta de todas las persecuciones, en el siglo III. Se conserva en el Museo de Numismática de París.

gro perpetuo en el Catolicismo. Con la eficacia y virtud de sangre tan inocente brotan y nacen también para la Iglesia los hombres de ciencia, los apologistas y los Padres, viéndose entre ellos á Quadrato, San Justino, Atenágoras, Orígenes, que era hijo de un mártir; San Ireneo, que refutó las herejías; Clemente de Alejandría, que fué gran polémico; Tertuliano, enérgico, razonador y notable filósofo, y San Cipriano, San Dionisio de Alejandría y San Cornelio, grandes maestros en doctrina y esclarecidos por su predicación. La Iglesia triunfaba, pues, por

sus doctores y por sus sabios como por sus mártires, mientras que el paganismo no tenía más que maestros indignos áun de él mismo; y el resultado de esa lucha tan tenaz entre el error y la verdad, entre el César, que mata y aborrece, y Jesucristo, que perdona y da la vida, tenía que terminar, y concluye efectivamente por el triunfo de la Iglesia, y ese triunfo está ya presagiado en la gran batalla en que queda Majencio vencido y es proclamado Constantino emperador.

Acababa de morir el Papa San Marcelo, esclavo dedicado al cuidado de los animales; en el circo resonaban las aclamaciones saludando á Majencio; la cruz se aparecía en el cielo; Constantino, aunque todavía no bautizado, la clavó sobre Letrán; la estatua de Nerón, de cien piés de altura, que, á imitación de Nabucodonosor, se había erigido á sí mismo, estaba todavía en pié en uno de los extremos del anfiteatro, aunque el imperio de Nerón no existía ya; el nuevo César bautizado deja el gobierno de Roma al Papa Silvestre I y á sus sucesores, juzgando, y con fundamento, que un emperador de la tierra no debe ejercer ni tener poder en el lugar donde el Soberano del cielo ha establecido el Jefe principal del sacerdocio y su Vicario supremo de la religión; y se lleva entre los trofeos de su victoria el supremo pontificado de los dioses falsos, no para tomarle y retenerle, sino para que no quedase allí; tres siglos después de muerto Nerón, Constantino toma llorando un azadon, y con sus propias manos principia á cavar los cimientos de la basílica vaticana, y

las lágrimas de ternura y de alegría, al caer de sus párpados rodando sobre la seda de su manto imperial, brillaban como perlas preciosas que, tocadas del purísimo rayo solar, prestaban á los hijos de la Iglesia los variados colores del arco iris para anunciarles que la tormenta había cesado y que se inauguraba la era de paz y de felicidad. Esa es la gran victoria de los héroes cristianos, y ahí está la transformación del mundo obrada por la eficacia del martirio y por la perseverancia y fuerza de la fe, que es la vida del Cristianismo.

EL EMPERADOR CRISTIANO.—LA FILOSOFÍA CRISTIANA

Bajo la influencia propia y legítima del Evangelio, conservado vivo é inalterable por la Iglesia, se verificó un cambio completo en la familia, en el individuo, en las relaciones sociales, en los códigos, en las leyes, en el pensamiento y en las costumbres. Á mediados del segundo siglo, dos grandes legistas profesaban un absurdo, y como si dijéramos una herejía, bajo el punto de vista pagano, proclamando y enseñando que la esclavitud no es de derecho natural; y á la luz que despedía esa enseñanza, ya el esclavo principiaba á ser hombre. Á su vez el Evangelio inspiraba y trabajaba para restituir á todo hombre la dignidad que le negaba el paganismo y para levantar la humanidad de su degradación; pero el fruto de esos desvelos y de tan laudables esfuerzos no pudo mesurarse ni conocerse visible-

mente hasta el advenimiento de Constantino. Durante su imperio, y merced á su protección, el Catolicismo principió á penetrar con su saludable influencia el derecho y la política, que hasta esa época habían sido inexorablemente paganos; la autoridad del paganismo muere, y los romanos tienen la dicha de ver los fulgores de la aurora cristiana, toda dulce, encantadora y llena de justicia y de amor. Los senadores que á la sazón eran

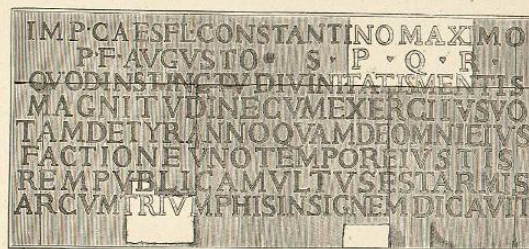


Lámina 175.—Inscripción votiva del arco de Constantino, dedicada hacia el año 315, en Roma.  
«Al muy grande emperador Flaviano Constantino, César augusto. El Senado y el pueblo romano han dedicado este arco de triunfo por haber vengado la república, puesto al frente de un ejército, y guiado de la inspiración de Dios y de la grandeza de su alma, abatiendo al mismo tiempo al tirano Majencio y á todo su partido.»—Copiado del *Boletín* de M. de Rossi.

todavía idólatras, comparando y viendo el profundo abismo que separaba las dos especies de autoridad pública que se disputaban los destinos del mundo y el corazón del hombre, se convirtieron al momento en su mayor parte.

El emperador cristiano prohibió marcar en la frente á las personas condenadas á los trabajos de las minas ó á batirse como gladiadores, y también prohibió romper las piernas á los esclavos; ordenó á los empleados del tesoro público tomar del